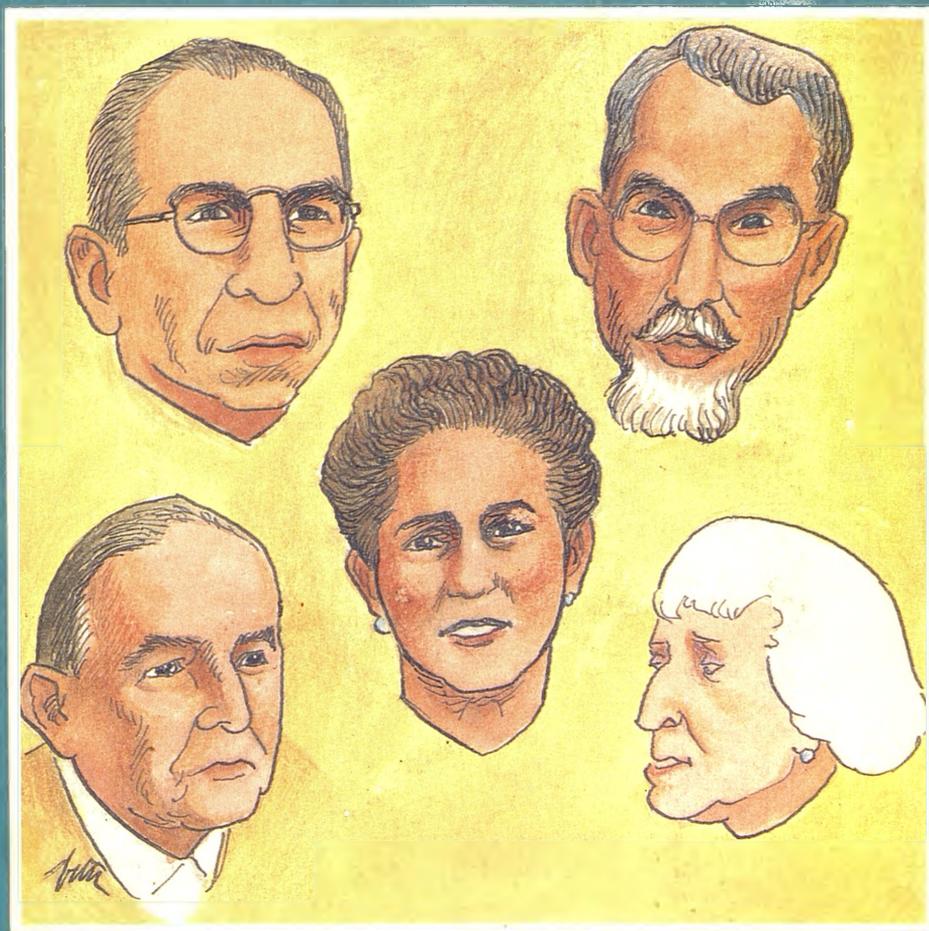


SABIDURIA POPULAR

Arturo Chamorro

EDITOR



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

SABIDURÍA POPULAR

Arturo Chamorro
Editor



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Presentación	15
Introducción: La historia contada, cantada y para verse <i>Luis González y González</i>	19
I. Arte verbal	
Folklore vivo/folklore transcrito en torno al cancionero folklórico de México. <i>Margit Frenk</i>	33
Algunas observaciones sobre el romancero tradicional de México <i>Mercedes Díaz Roig</i>	39
Las series enumerativas en la lírica infantil mexicana <i>María Teresa Miaja</i>	49
Y otra vez lo popular: poesía popular, identidad regional y comunidad cultural <i>Yvette Jiménez de Báez</i>	59
Refranes y refraneros <i>Herón Pérez Martínez</i>	73
II. Perspectivas de la etnomusicología	
Enfoque etnográfico en el estudio de la ejecución musical <i>Gerard Béhague</i>	93
Los juegos de garganta de los esquimales del Canadá Oriental <i>Nicole Beaudry</i>	101
Organología aplicada a instrumentos prehispánicos: silbatos mayas <i>Felipe Flores Dorantes y Lorenza Flores García</i>	109
La marimba de México y Centroamérica <i>Roberto Garfias</i>	119

III. Música indígena mexicana

Sobrevivencias de la música prehispánica en México	135
<i>E. Thomas Stanford</i>	
Alucinógenos musicales y música alucinógena	143
<i>Abraham Cáceres Díaz</i>	
Estilos de ejecución en la música indígena mexicana con énfasis particular en la pircua tarasca	153
<i>Henrietta Yurchenco</i>	
La música ritual como práctica cultural: el caso tzeltal-maya	165
<i>María del Rosario Pérez</i>	
La música maya: producción del significado musical en el oriente del estado de Yucatán	171
<i>Max Jardow-Pedersen</i>	

IV. Simbolismo y conocimiento

El simbolismo de las aves en las molas de los Kunas de San Blas	179
<i>Arnulfo Prestán S.</i>	
Estudio comparativo de etnoanatomía: kunas de Panamá, shuar del Ecuador y nahuas de México	191
<i>Axel Ramírez M.</i>	
Pasado y presente de la medicina tradicional mexicana	209
<i>Xavier Lozoya</i>	

V. Cultura y tradición en Michoacán

La Guatapera u hospital michoacano, antecedente a las Casas de la Cultura	219
<i>Francisco Miranda Godínez</i>	
Notas para tocar una tradición musical en Michoacán: los agustinos	229
<i>Álvaro Ochoa Serrano</i>	
Instrumentos musicales en las fuentes pictográficas del mundo purépecha	239
<i>Arturo Chamorro</i>	

Los mitos y las leyendas: de cómo una comunidad indígena se apropió de su historia	257
<i>Rosa Plá</i>	
La Japingua en la mitología purépecha	275
<i>Agustín Jacinto Zavala</i>	
VI. Folklore y educación	
Educación e identidad nacional	291
<i>Constantino Rábago T.</i>	
La educación para los indígenas mexicanos y su folklore	299
<i>Erasmo Cisneros Paz</i>	
Preescolares y docentes frente a la tradición folklórica	309
<i>María del Carmen Díaz Mendoza</i>	
La relación entre profesores y alumnos con el folklore en la educación artística en el nordeste de Brasil	319
<i>José Nilton Da Silva</i>	
Homenajes	
Vicente T. Mendoza y sus aportes a la investigación etnomusicológica y folklórica.	343
<i>Gabriel Moedano Navarro</i>	
La obra de la profesora Virginia Rodríguez Rivera	353
<i>Gabriel Moedano Navarro</i>	
Américo Paredes: El maestro y su obra	361
<i>Axel Ramírez y Arturo Chamorro</i>	
Henrietta Yurchenco: Pionera de la etnomusicología en México	371
<i>Arturo Chamorro</i>	
Fernando Horcasitas: Semblanza biográfica	375
<i>Francisco Miranda Godínez</i>	
Índice analítico	383

INTRODUCCIÓN

LA HISTORIA CONTADA, CANTADA Y PARA VERSE

Luis González

LA HISTORIA POPULAR

Asunto de la presente, es la menos firme de las historias. Se ocupa de la *res gestae* de los hombres del común, de los sucesos menudos de la gente menuda. Por su contenido y su forma tan sencilla, los científicos sociales han excluido del género histórico a los relatos marca pueblo. Para los seguidores del funcionalismo sólo eran sarta de chismes. “En aquéllos que no se negaban a concebir una historia popular o de la gente sin escritura, dice Moniot, existía el sentimiento de la imposibilidad práctica de hacerla por falta de fuentes”.¹ Estuvo de moda, asistida por multitud de razones, la tesis que le negaba validez y belleza al discurso histórico de hechura popular, y no únicamente a él. A principios de nuestro siglo, la hostilidad de los intelectuales devotos de la ciencia se extendió a todas las especies del género histórico como se ve a las claras en Nietzsche, Gide, Valéry, Ibsen, Mann, Joyce, George Eliot y la interminable lista de los científicos.²

A la ola antihistórica siguió la historicista, ya en cuarto menguante. Con todo, todavía es frecuente oír el elogio de la historia, incluso la de los pueblos sin escritura. Finlay declara: “La evidente dificultad de descubrir el pasado de las sociedades ágrafas no constituye una excusa para suponer que las tales no tengan pretérito o que éste carezca de interés”.³ Aguirre Beltrán afirma: “Ninguna cultura puede ser entendida fuera de su contexto histórico que la explica y le da significación”.⁴ Un hombre tan próximo al aquí y al ahora de México como Guillermo Bonfil, escribe acerca de la utilidad del género histórico para conocer y liberar a las etnias marginadas. Según él, “en tanto relación de agravios, la historia de los pueblos indios es sustento de reivindicaciones”. Además consolida la identidad étnica y “tiene para los pueblos el valor de un gran arsenal de experiencias, de luchas acumuladas”.⁵

Con o sin la aquiescencia de los intelectuales modernos, hubo rememoraciones del pasado desde la aparición del hombre sobre la tierra, junto a las fogatas de los habitantes primitivos, aunque de esa primitiva historia oral no queden restos. Se conjetura que la hubo porque la hay en las comunidades ágrafas de ahora. Se supone también que “el narrador prehistórico podía recitar no sólo los hechos de dioses y hombres, sino las palabras exactas” aprendidas de un narrador anterior. Se cree asimismo que las historias contadas por el hombre de las cavernas se servían del ritmo y el metro por ser tretas propicias para la memorización. “Entre los pueblos primitivos —dice Shotwel— las narraciones del pasado tienden a ser expresadas en verso desde simples listas de nombres en las genealogías arregladas con cadencia uniforme, hasta la épica que arrebató a la canción que conmueve”.⁶ Es de suponerse que cada una de las etnias prehistóricas llegó a tener saberes colectivos de sus orígenes y desarrollo; se hizo de leyendas heroicas para glorificar monarcas y combates, y de leyendas etiológicas para justificar a través del pasado ritos públicos.

Si los relatos populares de la edad preliteraria eran como los de hoy audibles en tal o cual comuna sin letras de nuestros días, eso quiere decir que no eran historias globales, pues no abarcan la totalidad del pasado, no se salían de los asuntos de la guerra, los reyezuelos, la religión y los sacerdotes; no eran parecidos a los tratados de la historia económico-social.⁷ Según opinión de antropólogos, las leyendas de contenido histórico de la humanidad primitiva sólo contenían cortas dosis de verdad; eran productos no sólo del recuerdo, caían en la fórmula de mitos creados por la imaginación y no cernidos por la crítica y la hermenéutica. Por eso algunos antropólogos le niegan el carácter de historia o narración verdadera a la confiada a la insegura memoria o a simples representaciones. Según ellos no valen un comino ni el cuento, ni el canto, ni las pinturas del asunto histórico de las sociedades sin letras y sin números.⁸ Esta gente declara padre de la historia universal a Herodoto y padre de la historia mexicana a Cortés por sus Cartas de Relación; no tienen fe en la historia recogida por los amantes del saber popular, aceptan a regañadientes las

ETNOHISTORIAS PRECORTESIANAS

generalmente no escritas ni medidas conforme a crónicas y calendarios. Como quiera, esas narraciones de viva voz y esas pinturas de índole histórica

existieron y son la carne de la historia prehispánica actual y los ancestros de algunos relatos folklóricos. Quizá ninguno de los cien pueblos o etnias que ocupaban la superficie del México actual al arribo de los españoles se abstuvo de registrar los sucesos de su gente con la ayuda de hombres memoriosos hechos para el caso. Se sabe a ciencia cierta de los forjadores de palabras de recuerdo que tenían mayas, mexicas, mixtecas, texcocanos, purépecha y demás pueblos de zona mesoamericana por la labor de rescate emprendida por los precursores del folklore moderno, por los frailes de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín y por los jesuitas que vinieron tras las huestes de Cortés, los Montejo, Nuño, Ibarra, Carbajal y otros conquistadores. Por Sahagún sabemos de la abundancia de testimonios mexicas de contenido histórico.

En moderno lenguaje, Miguel León Portilla escribe: Existían en la región de México los *xiuhámatl*, “papeles de los años” en los que, en forma de anales, se pintaban, “al lado de la correspondiente fecha, los sucesos memorables”. El contenido de tales códices se complementaba con relaciones de viva voz. En los centros educativos, “sobre todo en los *calmecac*, tenía lugar importante la memorización de los [...] relatos sobre lo que sucedió en tiempos antiguos”. Allí se fijaba a modo de *italoca*, lo que permanentemente se dice de alguien o de algo. Se conservan varios textos, que memorizados en la antigüedad prehispánica, se transcribieron más tarde al alfabeto latino. Entre ellos están los *Anales históricos de la Nación Mexicana...*, los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Historia Tolteca-Chichimeca...* En contraste con el tono escueto de los analistas, los relatos de sucesos antiguos solían incluir narraciones detalladas de “la vida y la actuación de los gobernantes... Ejemplo de tal cosa son las célebres leyendas sobre *Quetzalcóatl*, incluidas en el *Códice matritense de Sahagún*” o sobre *Netzahualcóyotl*, según consta en los *Anales de Cuauhtitlán*.⁹

Algunas de las narraciones del asunto histórico memorizadas por los antiguos pobladores de Yucatán fueron recogidas, en la época española, en los *Libros de Chilam Balam* y otros textos.¹⁰

Las memorizaciones que solían hacer los purépechas de su propia historia están parcialmente juntas en la *Relación de Michoacán*. En las etnias mexica y maya se tenían tres modos de recordar el pasado: el oral, el pictográfico y la mezcla de ambos.¹¹ En la etnia p’urhé únicamente se practicaba una vez al año, la historia oral o contada. Según la *Relación*, “como se llegase el día de la fiesta y estuviesen todos los caciques de la provincia [...]

y mucho gran número de gente, levantábase en pie el sacerdote mayor (el Petámuti) y tomaba su bordón[...] y contábales allí la historia de sus antepasados”. Les refería cómo los purépecha vinieron a Michoacán y las luchas que tuvieron. El sacerdote mayor duraba en su relato hasta la noche. Entre tanto, “no comían ni bebían ninguno” de los concurrentes al discurso histórico sacerdotal. Concluida la relación del Petámuti, eran enviados “otros sacerdotes por la provincia para decir por los pueblos” el relato de la historia de los purépechas.¹²

A través del cuento, del canto y de la pintura o de uno o dos de esos modos, un ciento de etnias pobladoras del territorio mexicano antes de la conquista mantenían “la antigua relación, las palabras recuerdo”.¹³ Estas se referían a batallas, hambres y epidemias; a las genealogías de los caudillos, a edificaciones de recintos sagrados, palacios, escuelas, acueductos” y a diversas acciones de artistas, poetas y mercaderes. “De manera muy especial porque era donde lo divino y humano se unían, registraron lo tocante al culto religioso, la consagración de los templos, como la del templo mayor de Tenochtitlan con sus sacrificios y fiestas”.¹⁴ No eran historizaciones científicas. Su intención pragmática sirvió mucho para perpetuar el mosaico étnico visto y barrido por los frailes españoles. La muy escasa soldadesca de la conquista no hubiera sido capaz de someter a cien naciones diferentes. Los verdaderos autores de la dominación fueron los frailes que arrancaron sin prisas y sin pausas las cien etnohistorias precolombinas y las sustituyeron por la

VISIÓN CRISTIANA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

que desde San Agustín ganaba terreno en el viejo mundo. Jerónimo de Alcalá, José de Acosta, Bartolomé de las Casas, Toribio de Benavente Motolinía, Diego Durán, Diego de Landa, Diego Muñoz, Jerónimo de Mendieta, Francisco de las Navas, Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún, Juan de Torquemada y otros pusieron por escrito las historias orales y pintadas de las antiguas etnias no para perpetuar la tradición o modo de ser de cada una; sí para ayudarse a extirpar por lo menos todo aquello que parecía obra del diablo.

La vasta historiografía de los misioneros se propuso conocer las trayectorias de las sociedades mesoamericanas para impedir su evolución.¹⁵ Sin Lugar a dudas ni Alcalá, ni Motolinía, ni Olmos ni Sahagún eran antropólogos o folkloristas interesados en la promoción de la sabiduría popular. Su plan era

otro, consistente en conducir a los indios de la Nueva España de sus múltiples rediles culturales al único redil de la cristiandad. Ellos, enlatándolos, dejaron sin sus saberes históricos a los grupos indígenas.¹⁶

Los historiadores indios y mestizos no pudieron contrarrestar la acción misionera. Ciertamente Chimalpahin Quauhtlehuanitzin, Muñoz de Camargo, Tezozomoc, Pomar, Ixtlixóchitl y otros cincuenta historiadores de los siglos XVI y XVII, basadas en las tradiciones orales y las pinturas prehispánicas, escribieron historias de sus respectivas etnias con el propósito de enaltecerlas. Con todo, no lograron el reverdecimiento de laureles antiguos pues su difusión fue muy débil. Al contrario de las transmisiones por la boca y la memoria, la escritura no llegaba al pueblo. Muy pocos intrusos sabían leer y escribir y fueron poquísimos los indígenas alfabetizados. Las imprentas eran pocas, pachorrudas e imprimían generalmente textos religiosos de los dominadores. El haber llevado a la escritura, y a veces a la imprenta, las etnohistorias antiguas ya para su destrucción o ya para su conservación no significaba desparrame de aquellas historias en amplios públicos. Al dejar de ser orales o pintadas las viejas historias, al convertirse en escritas, dejaban de ser patrimonio de mayorías para convertirse en instrumento o simple juguete de muy pocos.¹⁷

En cambio, la historia general que viene a sustituir a las historias particulares de los cien pueblos prehispánicos asume las maneras de comunicación utilizadas por los antiguos historiadores indígenas.

Después de la conquista, la historia para el pueblo seguirá contada, cantada y para verse, aunque no la misma historia. En los pocos colegios para la aristocracia india y en multitud de templos esparcidos en la inmensidad de la Nueva España para todo mundo se esparció de viva voz la concepción cristiana de la historia, de una historia al alcance universal que arrancaba de la creación del mundo; incluía el dramático episodio extraterrestre de la rebelión de los ángeles, se demoraba en la residencia en el Paraíso el primer par de seres humanos; refería el *affaire* de la manzana y la expulsión de Adán y Eva del Edén. Los siguientes momentos estelares de esta historia son bien conocidos: la riña fraternal que descontó al buen Abel; el desorden de las primeras sociedades humanas ahogado por el diluvio universal; la supervivencia de Noé y sus tres hijos progenitores de las tres razas; la selección de los semitas como pueblo consentido de Dios; las andanzas de Abraham, Isaac y Jacob; las doce tribus y su vida en Egipto, Moisés y su decálogo; el santo rey David y el libidinoso, inteligente y rico Salomón, y por encima de los anteriores

sucesos, lo relacionado con la natividad, la vida, la pasión y la muerte de Cristo. Como penúltimo acontecimiento el natalicio de la Iglesia, la predicación de la doctrina cristiana en el Viejo Mundo, y a los postres, el que estaba a la vista, en proceso: la entronización de los indios del Nuevo Mundo al redil de la cristiandad.¹⁸

Para la consolidación de la nueva historia en el ánimo de los indios se echó mano de diversos recursos aparte de los oratorios: la pintura a la manera prehispánica y a la manera española; la escultura de los retablos y las fachadas barrocas y las representaciones teatrales que han sobrevivido hasta nuestros días con el nombre de pastorelas.¹⁹ La concepción histórica del mundo que sustituyó los antiguos relatos históricos de índole regional o étnico hizo mella en todos los niveles populares de la Nueva España, convirtiéndose en historia folk, transmitida oralmente y apoyada por todas las artes y las artesanías, y así, hecha con el pueblo, se mantuvo sin contradicción hasta el asomo de la oreja de una

HISTORIOGRAFÍA PATRIA O MEXICANA

en el último tercio de siglo XVIII. Como se repite sin cesar, los criollos ilustrados dieron en darle entrada al desamor por lo hispano, en hacer revisiones a la tradición cristiana y en sentirse, saberse y querer ser mexicanos. En muchos criollos cundió la costumbre moderna del patriotismo, el espíritu nacionalista y el deseo de añadir a la historia universal en vigor una historia patria. Francisco Xavier Clavijero dotó a esa historia de un horizonte clásico: el mundo de los mexicas.²⁰ La etnohistoria azteca, tan vituperada por los misioneros de los siglos XVI y XVII, es convertida en primera parte de la historia de la nación mexicana. Poco después, los historiadores de las guerras de independencia, le agregan una segunda parte que no se cansan de lamentar y de poner a la altura que la Edad Media europea: los trescientos años de la dominación gachupina.²¹ Por último, cientos de historiadores de la Reforma y la Revolución le han pegado a la crónica de México una heroica y revolucionaria tercera parte. Se ha confeccionado una visión histórica de México, furibundamente nacionalista, que se divide en tres actos: el paraíso anterior a la conquista, el purgatorio colonial y el México independiente subdividido en tres cuadros: Insurgencia, Reforma y Revolución.²²

Las primeras historias nacionales, hechura de criollos malquistados con España, conocieron la letra escrita y aun impresa, y quizá por lo mismo y por

la censura de las autoridades, no llegaron al pueblo sin letras y sin libertad. Tampoco los voluminosos libros de Bustamante, Mora, Zavala y Alamán, de los cuatro evangelistas de la Independencia de México, podían trascender la élite culta y poderosa.

En el último tercio del siglo XIX y la aurora del XX se fabricaron narraciones escritas e impresas de la vida nacional de México tamaño gigante como *México a través de los siglos* o *México: su evolución social*, sólo adquiribles por los pudientes, y catecismos de historia para el consumo de escolares de cualquier grupo. Como quiera, los textos de historia de México no alcanzaron mucha difusión por la escasez de planteles escolares.²³ Aunque ya había discursos de 16 de septiembre y teatro histórico nacionalista, hacia 1920, todavía era ignorada por la gran mayoría del pueblo ágrafo (indio, mestizo y criollo) la historia nacional y seguía siendo del dominio público la historia de la cristiandad.²⁴

En los días de José Vasconcelos, el más reciente coloso del nacionalismo mexicano, comienza la folklorización de la historia oficial de México, mediante la alfabetización generalizada y la vuelta al uso de mensajes dirigidos a las orejas y a los ojos del pueblo: pintura mural, cine y radio.

Si la historia nacionalista pintada por Diego Rivera y otros tantos muros públicos no llegó a ser tan popular como otras fue por la pretensión de deshacerse de dos pájaros con el mismo tiro, por querer infundir la historia de México y borrar la visión cristiana de la historia simultáneamente.

El cine, en varias docenas de largometrajes históricos, ha llevado al pueblo los puntos cumbres de la vida nacional, las proezas de Hidalgo, Morelos, Juárez y Zapata.²⁵ En menor medida, han contribuido a hacer deglución fácil de los episodios de nuestra historia los discursos conmemorativos, los monumentos de bronce de los héroes, la radio, y del cincuenta para acá, la televisión.²⁶ Desde hace poco existen imágenes folk de la historia de México y no sólo de ella. Quizá para tener la conciencia histórica que requiere todo hombre, para no sufrir de desnutrición en ese campo, el pueblo de México necesita oír y ver, aparte de la historia universal traída por los frailes y la historia patria que se viene elaborando desde el siglo de las luces, una historia patria, la

MICROHISTORIA DE LA PROPIA ESTIRPE,

como la existente antes de la llegada de los españoles, similar a la destruida

por los autos de fe de los misioneros portadores de una concepción histórica entonces considerada exclusiva o poco menos. La corriente de la historia étnica casi se secó durante el virreinato. En el siglo XIX tuvo rebrotes escritos, y por ende no populares, que circulaban con el rótulo de historia de tal estado o tal ciudad. En este siglo, ya se cuentan por miles los estudios históricos que tienen por objeto un municipio, una etnia, una región o un estado de la República Mexicana y que circulan impresas. Las de ámbito estatal acaba de incorporarlas a la educación obligatoria el gobierno mexicano y, por ese cauce, se popularizarán, pero las más necesitadas de folklorización todavía están lejos de conseguirlo.²⁷

Muchas estirpes, linajes o parentalias de México han olvidado su etno o su microhistoria; carecen del caudal mínimo de memorización necesaria en cualquier pueblo para su propio desarrollo. La nobleza obliga sólo cuando se le conoce. Si no se sabe de ejemplos qué emular y agravios qué corregir en la propia estirpe el paso de ésta será lento y a oscuras.²⁸ Y lo mismo puede suceder si se le conoce muy vagamente y sólo en sus últimas etapas. Quizá se pueda argüir que en casi todos los pueblos y etnias se da el memorioso del lugar que difunde sus recuerdos oralmente. Pero quienes han acudido a muchos de esos hombres saben que su sabiduría histórica, salvo algunas excepciones, se reduce a un puñado de chismes recientes y de poco valor o a mitos universales o nacionales achacados a la propia familia.²⁹ La microhistoria de transmisión oral no suele tener aquí y ahora la riqueza requerida por un pueblo o una etnia. En este coto el folklore mexicano actual es pobre, no obstante la abundancia de corridos de asuntos microhistóricos y de personas dispuestas en cada sitio a inventar las antigüedades de su terruño.

En cambio, la microhistoria escrita se ha vuelto en gran parte caudalosa, seria y segura en los dos últimos decenios, aunque por culpa de algunos prácticamente torpes, anticuaristas, sin oficio, sin gracia, no gozan de prestigio en el mundo académico y tampoco arrastran a la gente común. Como quiera, cada vez abundan más las etnohistorias indígenas hechas por antropólogos, monografías municipales como las mandadas hacer por un gobernador de Michoacán a un selecto grupo de historiadores, las buenas historias de tal o cual región como la del Valle del Yaqui de Claudio Dabdoub. Frente a una historiografía nacional poblada de héroes y villanos, crece una historiografía regional sin grandes hombres, sin monstruos sagrados.

Algunas características de la nueva historiografía son las siguientes: “Se origina en el corazón y en el instinto [...] La mueve una intención piadosa:

busca mantener el árbol ligado a sus raíces [...] Cuenta con el pretérito de nuestra vida diaria, del hombre común y corriente, de nuestra estirpe y de nuestro terruño".³⁰ No dispone de muchas fuentes de información que sí son muy variadas: cicatrices terrestres, materiales arqueológicos, tradiciones transmitidas de viva voz, registros de parroquias y notarios, papeles de familia, libros de viajes, etc. Realiza, para estar a la altura de los tiempos, las operaciones de recolección crítica e interpretación de los testimonios. Ciertamente, no se entretiene en explicaciones. Tampoco brilla por alardes arquitectónicos o de composición. Es de habla menos pretenciosa que las habituales en las historiografías del mundo y de la patria, pero todavía no es del dominio popular, aún no se folkloriza.

La versión cristiana de las concepciones históricas del mundo es parte de la sabiduría popular del folklore mexicano desde la época española. En los últimos tiempos ha pasado a ser propiedad del saber de los humildes la historia de México en la versión autorizada. Hay, a no dudarlo, tenues supervivencias de las etnohistorias precortesianas en los pueblos donde la transculturación se detuvo o fue superficial. Hay también tradiciones locales menos antiguas transmitidas oralmente que cada vez son menos y más pobres. Pero no existe aún la microhistoriografía seria de cada estirpe o terruño que se haya folklorizado, que sea ya sabiduría del pueblo como lo es la de las pastorelas y la de los carros alegóricos del 16 de septiembre. Sin embargo, se espera, de un día para otro, la apertura de casas del pueblo en las dos mil y pico cabeceras municipales de México que sirvan de almacén de la sabiduría y el arte de cada tierra y de esparcidores a nivel local de saberes y artificios de México y el mundo. De esas casas de la cultura la difusión de la microhistoria puede esperar importantes ayudas. Pero seguramente el máximo auxilio provendrá de los medios masivos de comunicación: radio, cine y tele. El hombre actual, incluso el alfabetizado lee poco; prefiere ir al cine, ver televisión, escuchar el radio y entretenerse con las imágenes de las revistas ilustradas. Ya quedan muy pocos compatriotas sin acceso al cine, la tele y el radio. Se trata de vías de alcance universal en que las

RECOMENDACIONES

últimas no pueden faltar. Quisiera concluir este manojito de informes y notas, donde la originalidad y el orden no son las características sobresalientes, con sugerencias muy precisas:

1. Considerando que muchas palabras-recuerdo y pictográficas de la época prehispánica fueron rescatadas por los misioneros y por algunos indios latinizados a raíz de la conquista, pero que las tradiciones orales rescatadas andan dispersas en multitud de libros inaccesibles para la mayoría de los lectores, propongo la publicación de las etnohistorias precolombinas de México salvadas entonces.

2. En vista de que todavía andan en boca de algunas etnias aborígenes vestigios de sus antiguos saberes y mitos históricos y de que están a punto de desaparecer, es necesario el rescate urgente, la grabación de escritura, y traducción a la lengua española y la publicación en el *corpus* mencionado en la sugerencia número uno, de esos relatos míticos e históricos.

3. Como sin duda existen abundantes muestras contadas, cantadas y a la vista de la concepción cristiana de la historia asumida por el pueblo y enriquecida por él en la época española, y como esas muestras no por abundantes dejan de estar en peligro de extinción, solicitaría a los folkloristas y etnomusicólogos que tomaran las medidas *ad hoc* para rescatar las manifestaciones sobrevivientes de esa historia universal de carácter folklórico y darlas a la imprenta en una segunda serie de la colección que podría llamarse “el saber histórico popular de México”.

4. Dada la existencia cada vez mayor de versiones populares de los varios episodios de la historia nacional de México y de la lucha de los medios masivos de comunicación y de la historia oficial contra las interpretaciones populares, me permito sugerir obras de salvamento semejantes a las propuestas en los incisos anteriores.

5. En el caso de las microhistorias de oriundez popular no sólo deben rescatarse las que ahora circulan en narraciones orales y por otros medios efímeros sino también estimular la creación de relatos microhistóricos de validez folklórica ¿Por qué no abrir concursos que podrían llamarse “La historia de mi tierra”, “La historia de mi gente” o algo por el estilo?

NOTAS

1. Henri Moniot, “La historia de los pueblos sin historia”, en: *Hacer la historia*, Editorial Laia, Barcelona, 1974, vol. 1, p. 118
2. Hayden V. White, “El peso de la historia”, en: *Nexos* (México, mayo de 1982), año V, núm. 53, pp. 23-33. Aquí se comenta a un buen número de enemigos del saber histórico nacional.
3. M.I. Finlay, *Uso y abuso de la historia*, Crítica, Barcelona 1979, p. 169.

4. Gonzalo Aguirre Beltrán, *El proceso de aculturación y el cambio sociocultural de México*, UIA, México, 1970, p. 13
5. Guillermo Bonfil Batalla, "Historias que no son todavía historia", en: *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI, México, 1980, pp. 234-239.
6. Gordon Childe, *Teoría de la historia*, La Pléyade, Buenos Aires, 1974, pp. 31-57.
7. Carlos Martínez Marín, "Reflexiones en torno a la etnohistoria", en: *Memoria de la Academia Mexicana de la Historia* (México, 1978), tomo XXX, pp. 27-45.
8. Miguel León Portilla, "Pensamiento y literatura de los mexicas", en: *Historia de México*, Salvat Editores, Barcelona, 1974, tomo 3, p. 244.
9. Alfredo Barrera Vázquez, *The Maya Chronicles*, Carneie Institution of Washington, 1949, pp. 1-86.
10. Wigberto Jiménez Moreno, "Historiografía prehispánica de México", en: *Enciclopedia de México*, José Rogelio Álvarez, México, 1972, vol. VI, p. 55.
11. Jerónimo de Alcalá, *Relación de Michoacán*, Int. de Francisco Miranda, Fímax Publicistas, Morelia, 1980, p. 19.
12. Miguel León Portilla, "La historia y los historiadores en el México antiguo", en: *Memoria de El Colegio nacional* (México, 1972), tomo VII, núm. 2 p. 163. Palabras tomadas de Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicayotl*, Instituto de investigaciones Históricas, México, 1949, p. 46, según cita de León Portilla.
13. *Ibid.*, p. 157.
14. Luis González, "Historiografía durante la época colonial", en: *Enciclopedia de México*, p. 554: "Los misioneros, movidos por los afanes de extirpar las viejas idolatrías, defender a los indios de la codicia de los conquistadores, y proponer a los colonos y a los neófitos ejemplos de vida cristiana, historiaron el pasado indígena, las conquistas militares de sus compatriotas y la vida piadosa y apostólica de sus colegas".
15. Carlos Martínez Marín, "Reflexiones en torno a la etnohistoria", en: *Memoria de la Academia Mexicana de la Historia* (México, 1978), tomo XXX, p. 43. Georges Badout, *Utopie et histoire au Mexique*, privat, Tolouse, 1976, p. 421.
16. Pese a estar sólo escritos, la corona española procuró restringir la circulación a los libros sobre antigüedades indígenas, aún los de los misioneros. ¿Quién no sabe que la frondosa relación de fray Bernardino de sahagún no obtuvo permiso de ser publicada y sí orden de ser recogida y encerrada?
17. Sobre la difusión entre toda la gente de la visión cristiana de la historia quizá siga siendo la mejor obra la de Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*. No menos útil es el libro de José María Cobayashi *La educación como conquista*, editado por El Colegio de México en 1975.
18. Sobre el teatro histórico difundido por los misioneros cristianos hay una descripción clásica de Toribio de Benavente Motolinía. se refiere a la representación en las fiestas de *corpus* de 1538 de la pieza teatral *La toma de Jerusalén*. De las supervivencias de ese teatro se ocupa María del Carmen Díaz de Chamorro.
19. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Ediciones de la Casa Chata, 1979, capítulo titulado "Lo indígena como realidad específica que me libera de la "instancia" ajena (primer aspecto)", pp. 127-135. También Gonzalo Aguirre Beltrán, *Francisco Xavier Clavijero. Antología*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976, pp. 34-35: "Los criollos no pueden identificarse con sus padres europeos ni con la cultura occidental de la que son portadores. Desesperadamente necesitan encontrar otros orígenes en qué fincar la identidad y con tesón se dedican a perseguirlos tomando como base la tierra americana y el hombre auténticamente americano que es el indio.
20. En el texto se hace referencia sólo a la historia que llegaría a ser oficial. Mientras "los liberales se limitan a deturpar todo lo que produjo el virreinato[...], los conservadores, en cambio, lo aprueban[...]," como dice Guillermo de la Peña, *El aula y la férula*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1981, p. 47.
21. Tampoco se edifica una sola versión de la vida del México independiente. Como quiera, la más apropiada, por contar con el apoyo del gobierno, es la que declara padres de la nación libre e independiente a quienes fracasaron en el intento de hacerla independiente, y villano a quien logró la deseada independencia; la que titula benemérito a Juárez y traidores a los del bando conservador, y la que suprime o casi dinámica dictadura de Díaz y no le encuentra peros a la hazaña Revolución Mexicana.

22. Sobre los pocos avances de la educación en el siglo XIX hay pruebas aún en las obras más entusiastas de esa educación, en Ezequiel A. Chávez, Daniel Cosío Villegas, Francisco Larroyo, José Bravo Ugarte, Justo Sierra, Leopoldo Zea y otros historiadores de la educación mexicana.
23. Los esfuerzos del Estado para llevar al pueblo la historia de la nación mexicana en su versión liberal constan en Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, El Colegio de México, 1975.
24. Quizá no haya otra industria cinematográfica nacional que produzca tanta cantidad de películas históricas nacionalistas como la mexicana cuya labor cabal se puede ver en el multivoluminoso Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano*, ERA, México.
25. En 1975 la tele difundió ampliamente la Telehistoria de México con textos de Ignacio Bernal, Alejandro Moreno, Luis González, Daniel Cosío Villegas y Eduardo Blanquel.
26. Luis González, *Nueva invitación a la microhistoria*, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 47-77: “un siglo de aportaciones mexicanas a la microhistoria”.
27. Permítaseme recordar el dicho de Burke: “Ningún hombre que no tienda la vista hacia atrás, hacia sus antepasados podrá tenderla hacia adelante, hacia la posteridad”.
28. A medida que crece la clientela de la radio, el cine y la tele disminuye la de los narradores populares. Esta es una especie que tiende a extinguirse.
29. Luis González, “Hacia una teoría de la microhistoria”, en: *Memoria de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XXX, pp. 57-58.
30. Habría que matizar las anteriores afirmaciones. Otra vez me cito: “vejamen del microhistoriador mexicano”, en: *Nueva Invitación a la microhistoria*, pp. 78-96.